

Canciones de la arena y de la nieve

Escribe: JORGE ZALAMEA

Una de las mayores satisfacciones que puede lograr el artesano de la cultura, es la de encontrar un eco, casi siempre anónimo, de las balbucientes palabras con que trata de comunicar a los miembros de su comunidad patria sus nimios hallazgos o sus acaso exagerados deslumbramientos. A poco de andar por las vitrinas o de aceptar el exilio de los bajos mostradores, mi última obra de investigación literaria: *La poesía ignorada y olvidada* me ha producido la letificante emoción de promover una serie de consultas, de interrogantes, de dudas y de fervores.

Mis corresponsales no pertenecen a las academias, ni a las tertulias literarias, ni a las redacciones de los periódicos, ni a los salones en que el saco de leva se convierte en levantamiento de cola: de cola de pavorreal. Y voy a pedir a la admirable publicación que es el *Boletín cultural y bibliográfico* de la Biblioteca Luis-Angel Arango, su venia y hospitalidad para responder desde sus páginas a los compatriotas que en Ocaña, Buga, Cartagena o Villavicencio se han tomado no solamente el trabajo de leer ese libro sino que han asumido la preocupación de saber algo más acerca de “la poesía ignorada”.

* * *

Un lector de Buga me pregunta, por ejemplo, si no estaré exagerando las cualidades de la poesía “primitiva” de los indios pielrojas de Norteamérica. La única respuesta posible, a mi entender, es la de ampliar los ejemplos de la temática de esa poesía.

En mi libro reproduzco una canción de los indios cheroquíes, en la que las palabras mágicas tratan de contrarrestar la furia desatada del asesino. Es muy curioso anotar en esa canción la repetición constante del adjetivo *negro* que, acaso, constituye la clave del conjuro. Se habla allí de “guijarros negros”, del “ataúd negro de la montaña”, de “chozas negras”, del “país de la negrura”. Aunque se hallen separados por miles de kilómetros y usen lenguas distintas, los indios *pueblos* de Nuevo México emplean la misma repetición del adjetivo *negro*, pero esta vez para describir el huracán y hacer, en la coda con que termina el canto, una inesperada y púdica referencia a los más íntimos sentimientos del poeta.

He aquí la canción que he traducido de la versión francesa de Claire Goll (1).

HURACAN

*“Negra como la pez es la cólera
del salvaje Nayanezgani (2).*

*El cielo ha contraído
la viruela negra.*

*Los relámpagos brillan negros;
joyas del duelo en ónice
cubren el mundo.*

*El mismo trueno que ruge
entre las rocas, es negro.*

*Negros puñales traspasan
el pálido cuerpo del desierto.*

*La cólera de medianoche
del jefe divino*

*ahoga a los durmientes
con su negro gruñido.*

*La imagen de mi amada no puede dormir,
va y viene tras de mi frente.*

Dos huracanes la espantan:

*Se desata el uno en torno de su choza,
el otro hace estragos en mi corazón”.*

La admirable descripción del huracán sobre el desierto, nos revela una vez más la profunda compenetración del hombre *primitivo* con la naturaleza que lo rodea. Pero he aquí que, repentinamente, el fenómeno exterior de los elementos desatados se trueca en la imagen de la mujer amada y en el símbolo de la pasión que hace estragos en el amante.

En general, la poesía lírica de los indios pielrojas es de una gran pureza. El erotismo se halla contenido por círculos de palabras que son como llamas purificadoras. He aquí un insuperable ejemplo de esta poesía amorosa, tomado también de los indios *pueblos*, probablemente de los *zuni*.

LOS SIETE DESEOS

*Por qué no seré la banda que ciñe tu frente,
tan próxima a tus pensamientos!*

*Por qué no seré el grano de maíz
que trituran tus dientes de gata salvaje!*

*Por qué no seré en tu cuello la turquesa
que la tempestad de tu sangre caliente!*

*Por qué no seré la lana multicolor
del telar, que se desliza entre tus dedos!*

*Por qué no seré la túnica de terciopelo
sobre el flujo y reflujo de tu corazón!*

*Por qué no seré la arena entre tus mocasines
que se atreve a acariciar los dedos de tus pies!*

*Por qué no seré tu ensueño nocturno
cuando en los brazos negros del sueño, gimes!*

* * *

Algún amigo de Cartagena presta particular atención a la poesía de los esquimales y me formula preguntas como estas: ¿es muy extensa la producción literaria de esos pueblos? ¿Los poemas recogidos en *La poesía ignorada y olvidada* no constituyen excepciones? ¿Existen otras formas literarias entre los esquimales?

Respecto al volumen de la producción poética de los esquimales, solo podría dar indicaciones aproximadas, pero suficientemente elocuentes para que mi corresponsal se forme una idea a este respecto. El explorador francés Paul-Emile Victor recorrió en los años de 1934 a 1937 la Groenlandia, atravesándola en trineo y a pie. Durante el invierno de 1936-37, que pasó en la costa oriental, Paul-Emile Victor recogió 850 poemas. Anteriormente, el etnógrafo danés Knud Rasmussen (quien, por lo demás, tenía ascendencia esquimal por su madre) recogió en sus diversas exploraciones del Artico desde Groenlandia hasta el Estrecho de Behring varios centenares de poemas, cuentos, relatos y mitos que reprodujo parcialmente en algunas de sus obras y, en especial, en *De Groenlandia al Polo Norte* y en *Mitos y leyendas de Groenlandia*.

Aunque James A. Houston se haya dedicado particularmente al estudio de la portentosa escultura de los esquimales de la Isla de Baffin, también y solo en la región muy limitada de Cape Dorset recogió un buen número de canciones muy breves, casi siempre de carácter lírico y de una exquisita delicadeza. Estas canciones se llaman *Aii aii* y de ellas daré más adelante un ejemplo.

Refiriéndose a la poesía esquimal dice Paul-Emile Victor: "No hace todavía mucho tiempo, apenas unos treinta años —antes de que el aporte de nuestra civilización embotase su inspiración poética—, casi cada hombre, casi cada mujer, eran capaces de componer poemas cantados...".

Pero antes de que se nos agote el espacio, presentemos algunos ejemplos con los cuales daremos respuesta a los otros interrogantes de mi amigo.

AII AII

*Vuelvo a pensar en mis pequeñas aventuras
cuando a favor del viento navegaba en mi kayak (3)
y me creía en peligro.*

*Mis temores,
esos pequeños temores que parecían tan grandes
para todas las cosas vitales
que tengo que apresar y alcanzar!
Y, no obstante, solo hay una gran cosa,
la única cosa:
Vivir para ver el gran día que amanece
y la luz que llena el mundo.*

* * *

Casi todos los poemas esquimales son un ejemplo de dignidad humana, de estoicismo, de superación de todas las cosas adversas de la existencia. Es posible que no haya pueblos sobre la tierra más desposeídos que estos. La tierra que habitan está formada por un suelo rocoso que desaparece bajo la nieve durante ocho meses del año; su alimentación se reduce a pescado y a carne y grasa de focas y morsas que se hacen cada vez más escasas; desconoce los vegetales; su único compañero es el perro de trineo. Y, sin embargo, he aquí cómo corresponde el esquimal a la belleza de su yerto mundo silencioso:

PRIMAVERA

*Navegaba en mi kayak,
me hallaba en el mar en mi kayak,
remaba con la pagaya en mi kayak.
Suavemente remaba
en el fjord de Ammassivik.
Había hielos sobre el agua.
También sobre el agua un petrel
que volvía a todos lados la cabeza
sin verme remar.
Repentinamente, solo vi ya su cola
y luego ya nada más.
Se sumergió, mas no por mí:
Una gruesa cabeza apareció sobre las aguas,
la de una gorda foca peluda.
Una gran cabeza con grandes ojos.
Y de sus mostachos brillantes
caían gotas de agua.
La foca vino suavemente hacia mí,
pero no lancé mi arpón!
¿Por qué?
¿Acaso por piedad?
Acaso por ser hermoso el día
y porque la foca gozaba del sol,
como yo.*

Pero este sentido lírico del mundo, no impide a los esquimales ser realistas hasta casi la crueldad. Digo *casi* porque también su conciencia del tiempo, de la muerte, de la maldad o de la injusticia se expresa con un pudor ejemplar. Como puede verse en esta

CANCION DE LA ANCIANA

*Hay muchas cabezas en torno mío.
Hay muchas orejas en torno mío.
Hay muchos ojos en torno mío.
¿Todavía me escucharán esas orejas mucho tiempo?
¿Todavía me verán esos ojos mucho tiempo?
Cuando esas orejas no me oigan ya,
cuando esos ojos se aparten de mis ojos,
ya no comeré hígado crudo con grasa.
Y entonces esos ojos no me verán más
y mi moño habrá desaparecido de mi cabeza.*

Paul-Emile Victor nos explica cómo cuando dos esquimales tienen que dirimir una cuestión, se afrontan públicamente en un duelo en el cual cada uno expresa sus acusaciones o quejas y se burla de su adversario en un poema improvisado. El juicio sobre la querrela viene a ser dado por el auditorio que con sus aplausos señala al vencedor teniendo en cuenta la belleza, la originalidad y la ironía que haya desplegado en su canto.

Entre los gauchos argentinos, los llaneros venezolanos y nuestros antioqueños existió hasta hace poco tiempo una forma semejante de poesía. Los *trovadores* se desafiaban entre sí y de acuerdo con determinadas reglas previas, entre las cuales podían figurar “el pie forzado” o la repetición del último verso del competidor para iniciar la respuesta. Pero estas lides se limitaban exclusivamente a la capacidad de improvisación de los troveros, sin que se mezclasen —al menos premeditadamente— las cuestiones personales que pudieran tener pendientes los improvisadores. En los cantos de desafío de los esquimales, aunque el fallo propicio o adverso del auditorio se base en las mejores o peores cualidades de la poesía, hay siempre un problema personal por dirimir, como puede verse en la siguiente

CANCION DE RETO

*No se si puedo bailar,
no se si puedo cantar
teniéndolo de adversario.
Me siento muy pequeñito,
me siento muy débil.
Soy muy pequeño,
soy muy débil
para bailar contra él,
para cantar contra él.
Un día, allá arriba,*

un día, en el norte,
en Kiadinek,
ella me enfadó
como siempre.
La pegué,
como de costumbre.
Yo no me enfado,
yo no la pego
cuando se trata de nada.
Pero no sabía coser
las pieles de mi kayak,
que yo quiero bien cosidas.
Ese miserable que está frente a mí,
contra quien canto ahora,
contra quien bailo ahora,
desde hace tiempos pretende
que pego a mi mujer muy a menudo.
Seguramente es a él
a quien debiera pegarle,
a quien debiera aporrear
para probarle
que no me enfado por nada.
Una puñalada merece
mi miserable adversario
por tener la lengua dura como hueso.

En una variante de estos cantos de desafío, una mujer esquimal plantea su problema personal para concluir con una acusación contra todos los hombres. Dice así:

*Primero, bajé la cabeza.
Al comienzo, miré a la tierra.
Por un momento, no pude responder.
Pero ahora que ellos se han ido,
levanto la cabeza,
miro ante mí
y puedo responder.
Dicen que me robé un hombre.
Dicen que robé
el marido de una de mis tías.
Dicen que lo robé
para hacer de él mi marido.
¡Inventan!
¡Mienten!
¡Calumnian!
Fue él quien se acostó a mi lado.
Pero son hombres.
Por eso mienten,
porque son hombres.
¡Sobre mí cayó la desgracia!*

La composición de estas dos canciones es muy similar: comienzan ambas con una declaración de humildad; relatan luego los hechos en cuestión y concluyen con el apóstrofe acusatorio que implica la demanda de pronta y recta justicia. Toda la composición es un modelo de orden y de malicia; de dosificación del interés, siempre en *crescendo*, y de la amplificación verbal en perfecto acuerdo con la presentación de los hechos. Para captar todos sus matices y la profundidad de su alcance, tenemos que escaparnos del simple texto de las versiones que nos son asequibles e imaginarla tal como en realidad se produce: una poesía tan viva y espontánea como un grito, ofrecida directamente al auditorio con ayuda de la mímica, la danza y la música. El excesivo y yerto intelectualismo de la civilización occidental contemporánea, nos ha hecho olvidar que cuando la palabra se convierte en poesía siempre tiene trabadas sus sílabas, como si fuesen dedos calientes, con las abiertas manos de las notas musicales y los esquivos movimientos de la danza.

Para que mi curioso amigo de Cartagena se percate todavía mejor de la riqueza temática y de la hondura de la cultura espiritual de los esquimales, le voy a ofrecer aun algunos textos que expresan, con el habitual pudor y el hiriente realismo de los pueblos *subdesarrollados*, la acción erosionante del tiempo sobre la condición humana. He aquí *El sueño de un adolescente*:

Anoche soñé contigo.

*Soñé que andabas sobre los guijarros de la playa
y que contigo andaba yo.*

Anoche soñé contigo.

Y como si estuviese despierto,

soñé que te seguía,

que te deseaba,

que eras deseable

como una foca muy joven;

que eras para mí deseable

como es deseable para el cazador

una foca muy joven

que se sumerge al sentirse perseguida.

Así eras tú deseable

para mí,

que soñé contigo.

Pero los sueños del adolescente se realizaron. Obtuvo a la deseable, se casó con ella; compartió con ella la plataforma de hielo de su igloo (4); para ella pescó los salmones, cazó las focas y despellejó las morsas; con ella crió hijos y con ella soportó, sin percatarse, el lento raer del tiempo. Hasta que un día se produce esta

CANCION DE UN VIEJO SOBRE SU ESPOSA

*Los dos éramos
marido y mujer,
y nos queríamos.
Los dos somos
marido y mujer,
y nos queremos.
Antaño, los dos
nos parecíamos muy bellos.*

*Pero hace unos días,
pero hace pocos días,
en las negras aguas de un lago
ella vio un rostro feo:
un horrible rostro de vieja,
lleno de arrugas,
lleno de manchas.*

*Lo vi, dice ella,
vi al espíritu en el agua,
el espíritu del agua
lleno de arrugas,
lleno de manchas.*

*¿Quién, antes,
pudo ver ese rostro
lleno de arrugas,
lleno de manchas?
¿No lo vi, yo,
ese rostro?
¿No lo veo, yo,
ese rostro
cuándo te miro?*

Para no concluir esta breve antología de la poesía esquimal con tan desolada aceptación de la vejez que nos acecha —más insoportable aún que la misma muerte— voy a reproducir una canción en la cual la desesperación amorosa es superada por la acción que desplaza el interés individual para crear el bien común. Mi versión castellana de la traducción francesa, dice así:

*¿Qué? ¿Qué?
¿Qué es lo que oigo?
¿Qué es lo que me dicen?
¿Que mi amada,
a la que amo tanto,
ya no me quiere?*

*Entro en mi igloo
y en mi igloo me tiendo.*

*Sobre mi plataforma me acuesto.
Y durante todo el invierno
permanezco acostado,
sin levantarme.
Tan largo tiempo que mis cabellos están enmarañados.*

*Cuando vino mi hermano,
me dijo que me levantase.
Iba de cacería.
Me puse mis vestidos,
mis más bellos vestidos,
y partí también.*

*Oigo, de repente, un gran rumor.
Escucho:
¡es un gran soplo!
Una ballena blanca.
¡He arponeado una ballena blanca!
¡He arponeado una ballena blanca!
¡Una enorme ballena blanca!
¡Esta noche todas las bandejas estarán llenas!
¡Esta noche todos los vientres estarán llenos!
¡Y todos alabarán al gran cazador que soy! (5).*

NOTAS

- (1) Claire Goll: *Chants Peaux Rouges* ("Le Coeur Tatoué") Pierre Seghers, Paris, 1958.
- (2) El dios de la destrucción.
- (3) *Kayak*: pequeña canoa individual de los esquimales, hecha con pieles cosidas. Tiene, aproximadamente 5 metros de largo por unos 80 centímetros de ancho.
- (4) *Igloo*: abrigo que construyen los esquimales con bloques de hielo, dándole forma semiesférica.
- (5) Las versiones castellanas de los cantos de los pielrojas norteamericanos citados aquí, han sido hechas por J. Z. sobre las traducciones publicadas por Claire Goll. El "Aii Aii" que se reproduce, fue recogido en la isla de Baffin por James A. Houston en una versión hecha por el esquimal Tegoodligak al inglés. De esta ha hecho J. Z. la interpretación en castellano. Todos los demás cantos o canciones esquimales reproducidos en este artículo, han sido traducidos al castellano por J. Z. sobre la versión francesa hecha por Paul-Emile Victor y publicada por Pierre Seghers en París y en el año de 1958 bajo el título de *Poèmes eskimo*.